

¿Otra vez los mitos griegos?

Y otra. Y otra. Siempre los mitos griegos (y romanos, que son más o menos los mismos con otros nombres). Porque son extraños y maravillosos, pero también familiares y cercanos. Porque están vivos. Porque seguimos hablando de ellos, porque los tenemos incorporados al idioma (¿acaso a un hombre forzudo no se lo llama *un hércules*?, ¿acaso las palabras *Eros* o *Venus* no siguen evocando al amor y al deseo?), porque son la fuente de la que seguimos nutriéndonos los escritores, los guionistas de cine, los inventores de historias del mundo entero, y también los pintores, los arquitectos, los músicos. En los dibujos animados, en las películas de aventuras, en las estatuas, en los edificios, los mitos griegos y romanos están presentes y nos saludan (o nos acechan) todos los días.

Cada época ha sentido la necesidad de volver a contar a su manera, de acuerdo con su

propia sensibilidad, estas historias en las que parecen concentrarse al mismo tiempo todo el poder de la fantasía y todas las contradicciones de la razón y la sensibilidad humanas. Yo las leí por primera vez en un libro para chicos que estaba muy de moda allá por los años cincuenta del siglo pasado: *El Tesoro de la Juventud*. Y me enamoré para siempre de los héroes y los dioses, pero también de los monstruos, con sus múltiples cabezas, su aliento de fuego, sus cabellos de serpiente. Por eso sentí una enorme alegría cuando empecé a leer y estudiar los mitos para tratar de escribirlos una vez más a la manera del siglo XXI. Ojalá haya logrado transmitir a mis lectores una pequeña parte del terror, la emoción y la felicidad que me provocan estas historias extraordinarias.

Síganme. Les propongo entrar al más extraño y oscuro de los laberintos: el de la imaginación humana.

ANA MARÍA SHUA

Así comenzó el Universo

Antes que todas las cosas, en el comienzo de todos los comienzos, solo existía el Caos infinito: la confusión y el desorden de lo que no tiene nombre.

Y del Caos surgió Gea, la Madre Tierra, enorme, hermosa y temible. Como Gea se sentía muy sola, quiso tener un marido a su medida. Pero ¿quién podía ser tan inmenso como para abrazar a la Tierra entera? Ella misma creó, entonces, el Cielo Estrellado, que es tan grande como la Tierra y todas las noches la cubre, extendiéndose sobre ella. Y lo llamó Urano.

Gea y Urano, es decir, la Tierra y el Cielo, tuvieron muchos hijos. Primero nacieron doce Titanes, varones y mujeres. Después nacieron tres Cíclopes, gigantes con un solo ojo en medio de la frente. Los Cíclopes fueron los dueños del Rayo, el Relámpago y el Trueno. Y finalmente nacieron los tres Hecatónquiros, monstruos violentos de cincuenta cabezas y cien brazos.

Urano desconfiaba de sus hijos: temía que uno de ellos lo despojara de su poder sobre el Universo. Y por eso no les permitía ver la luz. Los mantenía encerrados en las oscuras profundidades de la Tierra, es decir, en el vientre de su propia madre. Ese lugar oscuro y terrible se llamaba el Tártaro. Gea, inmensa, pesada, no soportaba ya la tremenda carga de tantos hijos aprisionados dentro de su cuerpo y sufría también por ellos y por su triste destino.

—Solo ustedes pueden ayudarme, hijos míos —les rogó—. Con esta hoz mágica que yo misma fabriqué, deben enfrentarse a Urano. ¡Ya es hora de que pague por sus maldades!

Pero los hijos, aunque eran enormes y poderosos, se sentían pequeños frente a su padre, el inmenso Cielo Estrellado, y no se atrevían a asomarse fuera de la Madre Tierra. Solo el joven Cronos, el menor de los Titanes, un malvado de mente retorcida, estuvo dispuesto a ayudarla. Pero no fue solo por amor a su madre, sino porque, tal como lo temía Urano, planeaba quedarse con todo el poder.

Una noche, cuando Urano, el Cielo Estrellado, llegó trayendo consigo a la oscuridad,

y cayó sobre la Tierra, envolviéndola en su abrazo, su hijo Cronos le cortó los genitales con la hoz que su madre le había entregado y los arrojó al mar. En ese lugar, rodeada de espuma, nació la más hermosa de las deidades, Afrodita¹, la diosa de la belleza y el amor.

—¡Maldito seas! —gritó Urano, enloquecido de dolor—. ¡Yo te condeno a que uno de tus propios hijos te destruya, como hiciste conmigo!

Entretanto, Cronos le había prometido a su madre liberar a todos sus hermanos de las profundidades del Tártaro, donde estaban encadenados. Pero cuando vio a los Cíclopes y a los Hecatónquiros, de aspecto tan aterrador, decidió que era mejor volver a encadenar a esos monstruos. Solo los Titanes, los más parecidos a él, quedaron libres y lo ayudaron a gobernar.

Urano no murió, pero ya no tenía el poder. Ahora era Cronos, el joven Titán de mente retorcida, el que reinaba sobre el Universo.

¹ Para más información sobre Afrodita, ir a pág. 204.

Los hijos de Cronos

Después de destronar a su padre, el joven titán Cronos se casó con la titánida Rea, la de hermosos cabellos. Tuvieron seis hijos.

Pero Cronos no olvidaba la maldición de su padre Urano. Con su mente malvada y retorcida, decidió que ninguno de sus pequeños crecería lo suficiente como para enfrentarse con él. Simplemente, se los comería vivos.

Y así fue. Primero nació la pequeña Hestia². Su madre apenas había comenzado a envolverla en pañales cuando Cronos la tomó con sus enormes manos y la devoró en un instante. Rea, la de hermosos cabellos, no podía creer lo que había pasado. Su corazón sangraba de dolor.

Uno por uno Cronos fue devorando a sus hijos. Deméter, Hera, Hades, Poseidón... apenas alcanzaba la madre, desesperada, a ponerles

² Para más información sobre Hestia, ir a pág. 212.

nombre, cuando ya se habían convertido en monstruoso alimento para su padre.

Rea estaba en su sexto embarazo cuando pidió ayuda a su madre, Gea, para salvar a ese bebé. ¡Aunque fuera uno solo de sus hijos tenía que escapar a ese horrendo destino! Siguiendo los consejos de su madre, Rea le dijo a su marido que debía hacer un viaje a la isla de Creta. Allí, en medio de un bosque espeso había una profunda caverna, donde se ocultó la titánida para parir a Zeus³, el menor de sus hijos. Gea, la Madre Tierra, se hizo cargo del pequeño. Una cabra le daba su leche y las abejas del monte destilaban para él la miel más exquisita.

Entretanto, Rea volvió con su marido, quejándose como si estuviera sufriendo en ese momento los dolores del parto. Poco después le entregó a Cronos lo que parecía un bebé, su sexto hijo. Cronos se lo tragó sin dudar un segundo. Solo le pareció que este hijo resultaba más pesado que los anteriores: lo que le había dado su esposa era una enorme piedra envuelta en pañales.

Zeus creció rápidamente y en solo un año se había convertido en un dios adulto y poderoso.

³ Zeus, dios máximo del Olimpo. Para más información, ir a pág. 203.

Su abuela Gea tenía preparado un plan para librarse del malvado Cronos. Pero antes era necesario que Zeus recuperara a sus hermanos. Con ayuda de Rea, hicieron tragar a Cronos una poción mágica que lo obligó a devolver a la vida a todos los hijos que había devorado. Así, convertidos ya en adultos, en toda su fuerza y majestad, se desprendieron de la carne de Cronos los hermanos de Zeus. De este modo, volvieron a la vida Hestia, Deméter, Hera, Hades y Poseidón⁴, y se fueron a vivir junto a Zeus, en lo alto del monte Olimpo. Debían prepararse para la guerra que se avecinaba. ¡Cronos pagaría por su maldad!

⁴ Deméter es la diosa de la tierra cultivada; Hera, la diosa del matrimonio y de la fidelidad; Hades, el dios de los muertos, y Poseidón, el dios de los mares. Para más información, consultar las págs. 210, 208, 207 y 205, respectivamente.